

1987

¿A quién le importa lo que yo diga?

Jesús Vicente García

Ilustraciones de  
Beatrix G. de Velasco



## I

Las calles se llenaban de propaganda del Frente Democrático Nacional y partidos de izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas en la vanguardia, había renunciado al PRI, lo que hizo pensar que la democracia llegaría ya; la política se respiraba en todos lados. Se decía que si el PRI hacía fraude habría un movimiento civil violento. Yo veía algunas marchas desde el tercer piso del edificio de Doctor Valenzuela y Doctor Río de la Loza, a una cuadra del Eje Central; en ese cruceo había unos chavos de mi edad, dieciocho años, con mandil rosa mexicano vendiendo libros, en una campaña a favor de la lectura. Me hice amigo de uno de ellos. Él me hablaba de libros que yo no había leído y de las elecciones, yo le platicaba de mi vida de obrero en un taller donde hacíamos lámparas para restirador, esas mesas que usan o usaban los dibujantes y arquitectos e ingenieros para hacer sus planos.

1987, el año en que nació Basilio, y que este 2017 su generación cumplirá los 30, el tercer piso, casi la mitad del camino, diría Alighieri al principio de su *Divina comedia*, el año en que de ser obrero pasé a ser más obrero y estudiante con conciencia de clase, que en términos llanos es darse cuenta de lo jodido de la situación personal y del entorno, para luchar, para vencer al enemigo y dejar de ser pobre.

## II

Comemos en Armandos, metro Hidalgo, Humboldt y Cristóbal Colón, una calle con basura. Nos atiende una joven de menos de veinte años, rápida y servicial, a la que Basilio le dice “linda”, ella encantada; un tipo de mi edad le dijo “corazón” y puso cara de asco. Armandos es un lugar cuya especialidad son las tortas; es más, se dice que fue el creador de las tortas en México, con 125 años de experiencia. Armando Martínez comenzó en Motolinia, antes calle del Espíritu Santo, y después que falleció en el treinta y cinco, sus hijos y ahora su nieta Mónica siguen la tradición. Se lo platico a Basilio para que sepa dónde está comiendo y de qué lado masca la iguana. Pero Armandos tiene otra característica: dan de comer abundantemente, valga el adverbio, pues uno termina caminando como embarazada, porque

una vez que entras a Armandos y comes, tu vida ya no es la misma; todo cambia, igual que la lectura de una novela que altera todo en un lector. Además de tortas, en Armandos vende comida corrida y a la carta. Y es en la corrida donde acentúo lo anterior: hay una abundancia en ella, que uno debe ir con el estómago cual Don Quijote al llegar a la venta para que le quepa lo que servirán, no importa lo que pidas, todo llegará en exceso. Y con ese ambiente de bacanal, le platico a Basilio lo que sucedía en el año de su nacimiento.

## III

Las cosas cambiaban en la radio. El rock en español inundó el cuadrante y los peseros, camiones, fiestas, talleres mecánicos y todo lo que tuviera oídos para escuchar, o bocinas que aventaran el sonido, porque Alaska y Dinarama cantaban “A quién le importa lo que yo haga,/ a quién le importa lo que yo diga,/ yo soy así y así seguiré,/ nunca cambiaré. Quizá la culpa es mía por no seguir la norma,/ ya es demasiado tarde para cambiar ahora”. Alaska, mujer española que tenía una voz gruesa, con maquillaje muy blanco, con el cabello largo y amarrado con cola de caballo, multicolor, que a mí se me figuraba mucho a Boy George, que cantaba esa de *Karma Camaleón*.

En la radio programaban tres canciones seguidas y hasta le llamaban tres en línea, poco a poco dejaron los locutores de decir quién cantaba, quién la compuso, en qué año se grabó, a quién se la dedicaba; simplemente salían las canciones, decían la hora, unos comerciales y volvían otras, casi todas de la nueva ola en español, como Radio Futura, Soda Stereo, Git, Nacha Pop, Miguel Mateos, Enanitos Verdes o los Hombres G. Y sus letras eran distintas a las que había entonces y todo era original, no había copias, los llamados *covers* o “refritos”. También se escuchaba El Tri con su *Triste canción* que llegó para quedarse, y estaban de moda los que bailaban *break*, con sus paliacates en la cabeza, sus tenis Nike o Converse, pantalones de mezclilla entallados y las playeras pegaditas al cuerpo, la mayoría hacía mucho ejercicio por la influencia del cine, donde el protagonista estaba lleno de músculos, como *Rocky* y *Fama*, en



que hacían arte y deporte, llenos de energía. Michael Jackson era el ícono ochentero por excelencia, su forma de bailar iba más allá del *break dance*; en la televisión había programas en que concursaban individual y en grupo, y había un programa, *Video Rock*, conducido por Gloria Calzada, de puros videos, y aún había niños que jugaban canicas cuando mi generación tenía un par de años que las habían dejado.

La globalización ni asomaba las narices. Sería años después en que las pizzerías comenzaran a brotar como pasto, por toda la ciudad, así que todavía se comía pizza en la calle de Bolívar, cerca de Efrén Rebolledo, no había servicio a domicilio. Lo único que te llevaban a tu casa eran los cobros de letras, los abonos de ropa y de Avon, el médico, la funeraria; en el barrio, las noticias se daban de boca en boca, sin ningún dispositivo de por medio, y así supimos (amén del periódico) que en el cine proyectaban *Los Intocables* y que estaba padre, pura acción, con el Kevin Costner, por eso, una tarde de verano del 87, mi amigo Miguel y yo fuimos a una sala de cine, cerca del metro Zapata, a verla; luego me aventé *Robocop*, con el Arnold, esa fue allá en Plaza Universidad, igual que *Atracción fatal*, que con trabajo nos dejaron entrar a mí y a otro compa, ya ni me acuerdo cómo fue, pero esa película nos dejó marcados. Veo que Basilio apenas ha comido la mitad de su milanesa con su guarnición. No me creía.

#### IV

Y al salir del cine, prácticamente en cualquier lado, escuchábamos: “La gente me señala, me apunta con el dedo,/ susurra a mis espaldas y a mí me importa un bledo./ Qué más me da si soy distinta a ellos,/ no soy

de nadie, no tengo dueño”. Y es ahí el punto nodal de lo que quiero decirle a Basilio. Había acabado de leer *Chin-Chin el Teporocho*, novela de Armando Ramírez, y quise imitarlo. Comencé a escribir cosas del barrio, yo dije es fácil. Primero agarré un cuaderno rojo que tenía de la secundaria y que dejé casi completo, empecé a garabatear acerca de las mañanas cuando iba por la leche a la Conasupo, hasta le hice un poema a las conchas que vendían y saboreaba con la leche sin hervir. Tomé la máquina de escribir Lettera 32 y a teclar sin descanso, empecé a hacer lo que para mí eran cuentos, otros eran simplemente estampas de algún suceso o descripción de algo, un rostro, la lluvia que parece que hierve al chocar con el piso, el tendedero de ropa con calzones, playeras, calcetines, camisas; o pura descripción de algo que me gustaba o disgustaba, o la narración de un suceso: dos señoras peleándose afuera de la lechería porque una se metió a la fila, o la plática que escuchaba a mis espaldas mientras llegaba mi turno.

Ese año confirmé ya con conciencia lo que quería hacer: escribir. Me descubrí escribiendo y queriendo leer. Y me dije: quiero ser escritor. No tenía la menor idea de cómo publicar o con quién (no ha cambiado mucho; la diferencia es que ahora que lo sé no es tan fácil que le digan sí a tu manuscrito). Por eso, 1987 fue el año de las decisiones. Y con todo y que ahora dirían los feisbuqueros de izquierda que me manipulan los medios, yo veía *Papá soltero*, esa serie que pegó en ese año de 87, donde salía, además de César Costa y los hermanos Quiroz, Edith Márquez, quien estuvo en la etapa final de *Timbiriche*. Un día, se me ocurrió hacer una novela del terremoto de 85, era muy reciente y todo lo

tenía a flor de piel. No importa si fue buena o mala, sino el hecho de decidirme a hacerla, porque escribir es enfrentarse a la vida, mediante el papel o pantalla en blanco. Por eso le echo este rollo.

A Basilio le interesa darse un buche de agua de limón, porque le picó la salsa. Sigue, Flaco, me dice. Le digo que en la vida debes decidir tu futuro sin saber que eso es tu futuro, sino el presente, ya lo dice T. S. Eliot: “El tiempo presente y el tiempo pasado/ Acaso estén presentes en el tiempo futuro/ Y tal vez al futuro lo contenga el pasado./ Si todo tiempo es un presente eterno/ Todo tiempo es irredimible”. Decides qué estudiar, trabajar, jugar, qué tipo de mujer te gusta y cómo conquistarla; uno enfatiza las aspiraciones sin importar si son difíciles o no, uno debe moverse por deseos, invertirle cerebro y corazón. Por eso apoyo a Alaska cuando dice que no nos debe de importar lo que digan los demás: “Mi destino es el que yo decido/ el que yo elijo para mí./ ¿A quién le importa lo que yo haga?/ ¿A quién le importa lo que yo diga?/ Yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré”.

## V

¿Qué pasó con la izquierda? Como dijo Pacheco: “Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años”. Cárdenas no trajo la democracia, pero abrió brecha. Y ese año previo a las elecciones fui a tocadas de rock en favor de esa izquierda y bailé rolas de El Tri, Transmetal, la Banda Bostik, Juan Hernández y su Banda de Blues, Nina Galindo, escuché a la Pecanins en alguna explanada, a Cecilia Toussaint con esos rocanrolitos sabrosos, y los muñecos del Tex Tex, no más pa que le dé envidia al maestro Basilio que no baila ni los ojos. “Sí bailo y te doy clases”. ¿A poco muy sabroso? Lo reto a ir al salón de baile, con salsas y danzones, a

ver si los treintones como roncan bailan. Reto a todos los treintones que lean esto. Acepta. Quiere salir de Armandos. Su panza va a explotar. Pagamos y andamos sobre Reforma rumbo a la Alameda. Es un día caluroso. Torcemos hacia Juárez y le digo, mira: en el 87 por aquí era el paso de las marchas; yo fui a varias. Entonces cantaba y sigo haciéndolo eso de Alaska y Dinarama: “Yo sé que me critican,/ me consta que me odian,/ la envidia les corroe,/ mi vida les agobia./ ¿Por qué será? Yo no tengo la culpa,/ mi circunstancia les insulta./ ¿A quién le importa lo que yo haga?/ ¿A quién le importa lo que yo diga?/ Yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré”.

No tenía novia, jugaba básquetbol, bailaba rolas de rock, bebía caguama sin ningún tipo de picante, usaba Converse de lona, tenía la greña larga, amaba la Biblioteca México, la de Balderas, andaba en mi bici de carreras para irme a trabajar, leía *La Jornada* y su suplemento donde salía El Santos, La Tetona Mendoza, Los Zombis de Sahuayo, el Peyote Asesino, escuchaba al fallecido Rodrigo González y toda la onda rupestre que le sucedió y creía que los treinta años estaban lejísimos. Camino junto a Basilio y me dice que le platique de las drogas y las tocadas de rock, pero debemos correr sobre Juárez: unos maestros armaron alboroto y la policía los corretea, otra vez violencia. De 87 a la fecha, esto no ha cambiado mucho. ¡Corre, Basilio, corre! 🏃

